

Movimientos sociales y Organizaciones políticas en América Latina: ¿quién es quién?

Avance de investigación en curso.

GT 20: Sociedad civil, protestas y movimientos sociales.

Victoria Darling

Lic. En Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Maestra en Estudios Latinoamericanos y Doctora en Cs. Políticas y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesora de la Universidad Federal de la Integración Latinoamericana en Brasil.

Resumen:

Se propone analizar el estado actual de la Sociología Latinoamericana vinculada al análisis de los movimientos sociales. En primer lugar, se señala que en los últimos años se han multiplicado los análisis que remiten a experiencias colectivas susceptibles de ser pensadas críticamente sin un debate sobre la objetividad o subjetividad del método. En segundo lugar, actualmente se piensan experiencias organizativas contestatarias como rebeldes o contrahegemónicas sin referencia a algún proyecto revolucionario. Finalmente, dos de las características que distinguían a los movimientos sociales territoriales que compusieron el último ciclo de protesta (2000): la autonomía y el sujeto al cual orientaban sus demandas, el Estado, parecen haberse perdido significación. Han surgido al calor de los “gobiernos progresistas” organizaciones políticas que ya no orientan al Estado sus reclamos sino que encuentran en él cobijo y recursos. Este cambio pareciera exigir un nuevo andamiaje conceptual que permita trabajar un método alternativo para entender fenómenos de protesta y movilización.

Palabras clave: Movimientos sociales – gobiernos progresistas – redefinición conceptual.

En los años recientes se han multiplicado los análisis que remiten a experiencias colectivas susceptibles de ser pensadas a la luz de la sociología de los movimientos sociales. La variedad de estudios vuelve al campo un escenario complejo donde paradigmas de escuelas tradicionales se cruzan con teorías pensadas para sociedades diferentes a las latinoamericanas y con corrientes des-coloniales que impugnando las anteriores construyen incipientemente una “caja de herramientas conceptuales” aún insuficiente para dar cuenta de manera cabal de aquello que sucede en nuestras sociedades en movimiento.

Los estudios sobre movimientos sociales se extendieron y rebasaron en términos de análisis de caso a partir del año 2000, al calor de las múltiples experiencias de resistencia al neoliberalismo. En ese sentido, operó efectivamente el vínculo entre realidad social y conocimiento, cristalizando en la academia una orientación particular para ver, entender y explicar la relevancia del ciclo de protestas iniciado la Guerra del Agua, en Cochabamba, Bolivia.

En virtud de esta certeza, estructuramos una presentación demarcada por tres “momentos” de análisis:

1. En primer lugar, buscaremos dar cuenta del viraje del debate de las Cs Sociales sobre la importancia de contar con estudios objetivos. En ese sentido, navegaremos sobre la hipótesis que sostiene que en el presente, el campo de los movimientos sociales no en América Latina no exige una posición tajante que acredite la objetividad o subjetividad del método.

2. En segundo lugar, reflexionaremos en una percepción que puede ser justificada desde diversos aportes intelectuales del llamado pensamiento crítico latinoamericano: en la profundización del estudio sobre el proyecto de sociedad de varios movimientos sociales. Lo cierto es que postulamos que los analistas del campo de conocimiento ya no colocan el foco en su capacidad disruptiva en términos de revolución. Existiría un matiz de proyecto de algunos colectivos que habrían abandonado opciones de ruptura radical en miras a la construcción del socialismo.
3. Por último, se colocará en cuestión la importancia de rever el cuerpo de categorías de análisis de los movimientos sociales de la región, de modo de saldar brechas que la realidad está zanjando. En el presente, se han vuelto protagónicos de procesos contestatarios, agrupaciones u organizaciones políticas que asumen el proyecto de los gobiernos de turno como propios. Y esto evidentemente escapa de cualquier definición *estricto sensu* de movimientos sociales desbordando el carácter eminentemente autónomo de dicha acción colectiva.

Para avanzar en los tres momentos analíticos que ponemos a consideración, abordaremos algunas aproximaciones teóricas que pueden ser ejemplificadas con casos específicos que responden al derrotero de la conflictividad social de los últimos veinte años. Vale decir, anticipando un posible desencadenante de esta exposición que, a partir de los ejes expuestos además de otras variables que remiten a los repertorios encarados y a las demandas confluyentes en defensa de los recursos naturales, asistimos al nacimiento de un nuevo ciclo de protestas en América Latina. La línea de continuidad entre los tres momentos estará dada por visualizar la construcción de conocimiento de la realidad social, y de ahí cuestionar ese vínculo entre conocimiento y realidad alcanzando una crítica fundada de los procesos políticos actuales.

1. Primer momento: “El campo de los movimientos sociales no en América Latina no exige una posición tajante sobre la objetividad o subjetividad del método”.

Durante la década en curso, mucho se ha transformado del modo de orientar el estudio sociológico y etno-sociológico de los movimientos sociales. Surcando las extensas discusiones sobre la objetividad o subjetividad del método, se establecieron diálogos variados que imprimieron una diversa gama de posibilidades de leer el movimiento de la protesta social.

Pasando por el análisis que encabezó el intelectual ecuatoriano Agustín Cueva de fines de los años ‘80, hasta las reflexiones recientes sobre la posibilidad de realizar una investigación como “intelectual anfíbio” por Maristela Svampa, la literatura no olvida en forma paralela a los estudios en curso, el lugar desde el cual el investigador puede surcar la teoría y la realidad sin perder la distancia científica.

Lo cierto es que el campo parece haber jerarquizado la vigilancia epistemológica como clave para dar cuenta del rol del investigador. La novedad de los estudios sobre movimientos sociales radica en que las técnicas de análisis de los propios movimientos avanzan al compás de los estudios de campo. Hasta hace poco afirmábamos que la regla de las Ciencias Sociales contemporáneas parece ser su supuesta “distorsión cronológica” (iría atrás de los acontecimientos). Pues, aquello que podemos afirmar para el estudio de la conflictividad social en América Latina a lo largo de los últimos quince años es que aquella regla no opera. Más aún, podríamos atrevernos a afirmar que los propios movimientos sociales están aportando técnicas y metodologías de análisis que revisten un reposicionamiento epistémico para las Ciencias Sociales contemporáneas.

2. Segundo momento: “El proyecto de sociedad de varios movimientos sociales (MS), ya no se manifiesta en términos revolucionarios”.

Existe hoy una contradicción intensa en la cual parece que el concepto de revolución, si es aceptable, tiene que ser entendido no en la concepción de Marx sino en la de Walter Benjamin. Para Benjamin la revolución no era el motor de la historia sino un freno ante el abismo. Se trata de una desestabilización de pesos entre las posibles transformaciones de las condiciones existentes, entre la posible reforma o revolución.

Hace unos años, Boaventura de Sousa Santos (2008: 2) afirmaba analizando el caso de los MS de carácter indígena de Bolivia que “la reforma (...) fue siempre el proceso de cambio a través de elecciones. Nosotros tenemos hoy procesos reformistas que parecen revolucionarios; es el caso, probablemente, de Bolivia y de Venezuela. Por otro lado, tenemos procesos revolucionarios que parecen reformistas, como el de los zapatistas en Chiapas. Y tenemos, (...) procesos reformistas que ni siquiera reformistas parecen, como el caso de Lula en el Brasil. Entonces, de todo esto resulta que es necesario reinventar la emancipación social”.

La idea de sujeto histórico encontraría de este modo un fuerte límite que la distancia de periodos históricos anteriores en los que la organización para la lucha era leída en clave socialista. En ese sentido, existiría un matiz de proyecto de algunos colectivos que habrían dejado atrás opciones de ruptura radical en miras a la construcción del socialismo. Conceptos como “poscolonial”, “contrahegemónico”, “altermundo”, “rebelde” o “de resistencia” refieren a experiencias organizativas diversas, específicas para ser pensadas en América Latina, que luchan contra la imposición de políticas concretas, que se solidarizan con otros colectivos y exigen reconocimiento. No obstante, estas experiencias entre las que podemos incorporar al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el movimiento piquetero en sus franjas más reconocidas (como fue el Bloque piquetero Nacional, hoy desintegrado) o la CONAIE de Ecuador no fueron contempladas por la teoría crítica.

Los sucesos de lucha de los últimos años en la región fueron protagonizados por indígenas, campesinos, mujeres, *piqueteros*, desempleados, cuya presencia en el derrotero histórico claramente no fue previsto por las teorías sociológicas clásicas. Sus formas de organización entre las que podemos documentar: *piquetes*, formas de autogobierno, asambleas, comunidades eclesiales de base, cooperativas de trabajadores desocupados, cooperativas de fábricas ocupadas, comunidades indígenas, juntas barriales, ollas populares, no han sido objeto de conocimiento privilegiado de las perspectivas más reconocidas del pensamiento social occidental, a diferencia del sindicato, los consejos ciudadanos, los partidos políticos o los Nuevos Movimientos Sociales de tinte europeo. Nuestros sujetos de confrontación con el orden político vigente tampoco habitan exclusivamente centros urbanos o comunidades rurales. Aquí una vez más sobran las definiciones sociológicas de poca extensión e intensidad explicativa. Las alturas de los Andes, la vecindad a las vías del tren en un paraje abandonado que en los años ‘80 podía ser considerado urbe pero “ya no más”, comunidades indígenas en pueblos de la sierra de difícil acceso, plazas públicas, llanuras o enclaves en la selva amazónica son los espacios socialmente construidos como territorios de resistencia y acción política. Espacios que ni siquiera los contienen plenamente pues nuestros sujetos de confrontación se caracterizan por la movilidad, el tránsito y la búsqueda de mejores condiciones de vida y organización autónoma. Y ni siquiera pueden ser catalogados por la exclusividad del uso de la lengua en su discurso, pues nuestros sujetos de confrontación expresan sus demandas en quechua, aimara, español, lunfardo y guaraní. Difícil encontrar en la teoría crítica de idioma colonial, interpretaciones que habiliten la comprensión de este tipo de discursos.

Y no hay socialismo, anarquía, desarrollo al que llegar o derechos humanos como bandera de lucha. No hay distinción entre democracia formal o mínima, democracia participativa o representativa, orden institucional o legitimidad en el entramado de significaciones de quienes investigamos. Hay sentidos divergentes difíciles de capturar en terminología científica objetivizante: hay dignidad, Pachamama, derechos colectivos, reciprocidad. La capacidad de confrontación en América Latina se ha desplegado en múltiples espacios, volviéndose polimorfa y sirviéndose de todos los recursos que se tienen a la mano. Esto da cuenta de una dificultad y por tanto de un desafío epistemológico a la hora de capturar sus sentidos y derroteros desde las Ciencias Sociales.

Las revoluciones han sido un tema fuertemente presente en el análisis académico latinoamericano. Existe un conglomerado de estudios históricos que ponen en juego conceptos, junto a una inmensa cantidad de estudios políticos y sociológicos que analizan los procesos de cambio, conceptualmente. Aun así, no se ha encarado aún la construcción de bases para una teoría de las revoluciones que surja epistemológica y políticamente desde América Latina. Esta llamativa ausencia en la construcción teórica se debe a diversos factores que exceden la embestida neoconservadora de la década de los años '80.

El proceso de descolonización de nuestra producción científica y nuestro mundo académico es aún parcial y pesa mucho aun un tipo de conservadurismo intelectual que adscribe planteos reforzadores del *statu quo* predominantemente influido por la academia europea y norteamericana. Estos espacios de construcción de saber han propuesto modelos teóricos en reemplazo del paradigma de revolución, colocando en el tapete temas como la violencia política o los nuevos movimientos sociales. Por otra parte, un segmento del pensamiento progresista no alcanza —o no se propone— plantear seriamente que la dimensión contrahegemónica tiene un fundamental componente epistémico

3. En el presente, se han vuelto protagónicos de procesos contestatarios, agrupaciones u organizaciones políticas que asumen el proyecto de los gobiernos de turno como propios. Y esto evidentemente escapa de cualquier definición *stricto sensu* de movimientos sociales.

El intelectual boliviano Luis Tapia (2008: 2) sostiene que “un movimiento social empieza a configurarse cuando la acción colectiva empieza a desbordar los lugares estables de la política” y se mueve a través de la sociedad “buscando solidaridades y aliados en torno a un cuestionamiento sobre los criterios y formas de distribución e la riqueza social o de los propios principios de organización de la sociedad, del estado y del gobierno”. En ese sentido, lo característico de un movimiento social sería que politiza desde un “no lugar” los espacios sociales con sus críticas, demandas, prácticas y proyectos. Por esa razón, se trataría de un desplazamiento de la política, de lugares institucionalizados hacia un lugar menos arraigado.

Si desde esa misma perspectiva, el Estado es el lugar del gobierno, la principal forma de la política moderna articulando la reproducción del orden social, en contraposición, los MS constituyen una forma de praxis política que problematiza la reproducción de ese orden social. De ese modo existirían dos grandes espacios o lugares de la política. “Uno de ellos es el que articula elecciones y sistema de partidos, con su prolongación en el parlamento y el poder ejecutivo. Otro es el campo del conflicto social, que más bien es un no lugar político, ya que no es un espacio delimitado ni tiene instituciones regulares para su tratamiento” (Tapia, 2008: 4).

Lo cierto es que, desafiando ese cuerpo de definiciones y perspectivas respecto del modo de hacer política, en el presente en América Latina, diversos gobiernos considerados progresistas, como Cristina Kirchner en Argentina y Chavez en Venezuela, construyeron espacios colectivos de organización y debate político con el fin de colocar en el centro del debate “la política como praxis

cotidiana”. En esa línea, se dio impulso, o sea, recursos materiales y simbólicos, a espacios de organización colectiva que se convertirían en agrupaciones militantes compuestas principalmente por jóvenes.

En el caso argentino, organizaciones como *La Cámpora*, o de menor escala *Jóvenes al frente*, se posicionaron en el espacio público como canalización de una demanda de participación política más activa. Estas agrupaciones, autodenominadas “movimientos sociales”, se declaran simpatizantes del proyecto gubernamental, colaborando en proyectos de gran envergadura orientando políticas publicas, y a nivel local, fomentando la aplicación de políticas tales como la realización de actividades de asistencia a sectores sociales empobrecidos, desarrollo de campañas de alfabetización, vinculación con organizaciones de la sociedad civil de mayor antigüedad e incluso, se proyectan regionalmente tejiendo lazos con otras organizaciones políticas afines ideológicamente.

Este mismo tipo de experiencia de organización social y política existe en Venezuela. Se trata de jóvenes vinculados al PSUV organizados en las llamadas “estructuras juveniles de la Revolución”. Estas agrupaciones también realizan tareas de acompañamiento de las *misiones* y cristalizan que algunas de las afirmaciones de acción clamadas discursivamente, sean llevadas a la práctica.

Aquello que postulamos como hipótesis es que estas organizaciones otorgan una renovada legitimidad a sus gobiernos, construyendo a su vez, una masa crítica vinculada capilarmente a espacios locales conformando una red de relaciones de nuevo tipo. Son fuente de legitimidad y apoyo, y a su vez, sostén de las políticas asumidas como parte de un proyecto de cambio. En ese sentido, ocupan el lugar de los partidos políticos tradicionales resignificando la praxis del movimiento social volviendo ambiguo su accionar.

Si consideramos que los movimientos responden a oportunidades políticas, a través de formas conocidas, movilizandolos sujetos en el marco de redes sociales con supuestos culturales compartidos (Tarrow, 1994), y como definición entonces, deberan caracterizarse por la puesta en práctica de repertorios propios, con una estructura organizativa definida –probablemente con autoridades-, perdurable en el tiempo, que teje relaciones de solidaridad con otros espacios de articulación colectiva y en expresa autonomía del Estado, entonces, esta definición académicamente consensuada, pareciera perder capacidad explicativa.

Como reformular la teoría cuando la realidad social latinoamericana parece desbordarla? Debemos repensar las teorías dominante para dar cuenta de las nuevas experiencias de organización social? Son acaso experiencias de movilización contestataria nuevas en la región o se trata de agrupaciones políticas que, ajenas a la conceptualización clásica de movimiento social, expresan formas de hacer política simplemente canalizadas por prácticas de cooptación o solidaridad con la clase política de turno?

Este cambio de modo de organización, estas nuevas formas híbridas, parecieran exigir un nuevo andamiaje conceptual de la Sociología, que cristalice una nueva lente que, colocando la autonomía como cristal, permita repensar el marco analítico y las potencialidades de métodos alternativos para pensar la militancia.

Apuntes sobre el inicio de un Nuevo Ciclo de Protestas en América Latina

Hacia 2013, recuperando el contenido de las demandas que primó a lo largo de la presente década, con el fin de contribuir a un análisis diagnóstico preliminar de las luchas del siglo que atravesamos, consideramos que son las luchas en defensa de los recursos naturales los que se multiplican colocando el tema en perspectiva. Las demandas más importantes a lo largo de los últimos

diez años se orientaron a la reapropiación del espacio público, el reparto o legalización de tierras, la reivindicación de derechos indígenas y la re-apropiación autónoma del territorio.

Posicionar una crítica y una lucha anti-extractivista no ha resultado una tarea fácil para los MS, en particular porque tienden a prevalecer voces que, desde una posición jerárquica, de poder, descalifican esas otras aparentemente atomizadas, minoritarias. En este contexto de ruptura entre MS y gobiernos progresistas con agrupaciones políticas afines, se vuelve cada vez más difícil conciliar un diálogo. Francamente se niega la legitimidad de las demandas en pro de una política “en miras al desarrollo”.

Tal vez desde la Sociología tengamos mucho más que aportar de la mano de nuevas herramientas capaces de distinguir, dirimir y ver para al fin, poder actuar.

Bibliografía

Sousa Santos, Boaventura (2008) “Reinventando la emancipación social” en *Pensar el Estado y la sociedad: desafíos actuales*, CLACSO, Muela del Diablo Editores y Comuna, La Paz.

Tapia, Luis (2008) “Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política” en *Política salvaje*, CLACSO, Muela del Diablo Editores y Comuna, La Paz.

TARROW, Sidney (1994) *La sociedad en movimiento*, Alianza, Madrid.